

que la belleza no es un valor universal y que siguiendo al popular refrán cubano: *para gustos se hicieron los colores y para escoger las flores*. Pero, en el cristianismo sabemos algo de la belleza pues nuestras tradiciones litúrgicas más antiguas están alzadas sobre la idea de la belleza universal.

Durante siglos la Iglesia fue el reservorio de la belleza y aunque la fealdad ha hecho algunos nidos dentro de nuestras comunidades, tenemos la experiencia que nos permitirá volver a mostrarla, no sólo a través de nuestra cultura litúrgica sino a través de nuestra cultura secular, una cultura que durante siglos ha predicado sin homilías: *El Pequeño Príncipe ha hecho más por la espiritualidad del siglo XX que toda una colección de revistas teológicas que se distribuyen en el mundo y ha cambiado la vida de mucha gente- en una especie de conversión religiosa- porque transmite el mensaje del Evangelio a través de la belleza de un Cristo que nos visita en forma de niño que nos salva porque indaga... Y lo que declaraba este autor villaclareño- parte del Club de los Estultos- coincide perfectamente con la verdad evangélica, pues el mensaje real del Evangelio no es que- los de la Tierra- a causa de nuestro pecado estamos separados del Cielo; sino que el Cielo ya está entre nosotros, en la Tierra, a través de la persona de Jesucristo y que existe la posibilidad de transfiguración del mundo: *Cielos Nuevos sobre Tierra Nueva*. El Evangelio no nos maldice, nos promete vida, salvación y regocijo. Dios, a través de la Encarnación de Jesucristo, santifica la materia y con ello nos llama a los*

cristianos, a mejorar en nuestros talentos, no nos llama a refugiarnos en nuestras islas protectoras sino a cristianizar al mundo. Las ciencias, las artes, la política y la sociedad son los escenarios donde debemos actuar. La pregunta vuelve a saltar: *Quo Vadis? ¿Dónde vais?*

Cuando Pedro vio que la cosa empeoraba en Roma, los cristianos perseguidos y martirizados, decidió huir de una cultura de muerte y pecado. Ya en las afueras de la capital del mundo, mientras caminaba por la Via Apia, vio a Jesús que, con la Cruz a cuestas, iba en dirección a la ciudad: *Quo vadis Domine? (¿Dónde vais Señor?)*- le preguntó Pedro- Jesús, le respondió: *Romam vado iterum crucifigi (Voy a Roma a ser crucificado de nuevo)*. Pedro, avergonzado, regresó a Roma y... fue crucificado. Y esta pregunta es más reflexiva que otra cosa. En realidad, Pedro se la hace a sí mismo *Quo Vadis? ¿Huyo? ¿Que el mundo se venga abajo sin mí?... Todos los días debemos preguntárnoslo para entender el propósito de nuestra obra en la cultura cristiana que puede transfigurar al mundo. Algo podrás hacer, todo depende de la dirección que tomes.*

Las islas protectoras, no lo dudemos, han desacreditado al Cristianismo. Pero, podemos desempolvar nuestra cultura cristiana y volver a ser *Sal de la Tierra y Luz del Mundo* para mostrar la elevada e inmutable verdad que nos alienta: Cristo.

Hagámonos, una vez más, la pregunta a nosotros mismos: *Quo Vadis?* Ya sabemos adónde irá el Señor. No huirá, no se refugiará en una isla ideológica.

15 de abril de 2019 | SEMINARIO

PAPELES TEOLOGICOS DE LA AURORA

Equipo: Adrián del Sol, Guillermo del Sol, Monseñor Félix Ramos Castilla
«La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante, más que una espada de dos filos»

Quo Vadis? Teología Cultural

Monseñor Félix Ramos Castilla

Entonces dijo Jesús a sus discípulos: El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará. Y ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde el alma? ¿O que podrá dar el hombre a cambio de su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras (Mt. 16:24-27).

“Durante siglos la Iglesia fue el reservorio de la belleza y aunque la fealdad ha hecho algunos nidos dentro de nuestras comunidades, tenemos la experiencia que nos permitirá volver a mostrarla.”

En 1988 me pidieron una idea para una nueva coreografía de danza contemporánea; por entonces me volvía a acabar la gran novela de Sienkiewicz. Y también tenía muy frescas las imágenes de los *Hechos de Pedro*, unas escrituras apócrifas que me había regalado el padre Emilito (creo que, junto a un montón de anécdotas, lo había traído de su viaje a Lourdes).

Sin más, le expliqué al coreógrafo, Ángel Manuel Martínez, aquella trama; una lucha entre el deber y el deseo; y así nació la obra de danza: *Quo Vadis? (¿Dónde vais?)*- tomó el nombre de la novela y reconvirtió el argumento- dejando la pregunta que da título a la obra como el *leitmotiv* de toda la investigación humana que propuso el espectáculo. Terminé haciéndole el diseño de vestuario y asesorándole en los aspectos teatrales; y en estos trajes descubrí algo: la cultura cristiana trasciende los motivos superficiales (iconos, himnos, alusiones verbales a

Cristo, bellas loas y descabelladas alabanzas) y eso se convirtió en una de mis grandes preocupaciones: ¿Qué es una cultura cristiana?

Luego, para mí, vinieron experiencias como *El Ensueño* de Strindberg y el *Woyzeck* de Büchner- dirigida por el ya desaparecido teatrera Javier Hernández Juré para el Grupo Teatro Escambray. Cada una de ellas aparentemente muy alejadas de cualquier cosa que pudiese vincularlas con algo llamado cultura cristiana.

Mientras montábamos *Woyzeck*, Abel Fowler, Maritza Abrahantes y yo (*El*

Club de los Estultos como nos bautizó el dramaturgo Rafael González), después de cada sesión de investigación-improvisación (intensísimas), nos dábamos al pensar profundo, descubriendo algunos por qué y desenterrando un millón de preguntas. Fowler propuso que viéramos la teología- como ciencia y como corriente cultural- a tener en cuenta y, sorprendentemente, en el mismo grupo teatral y en el mismo lugar, en que se pensó y se hizo arte una parte de la lucha ideológica contra la espiritualidad cubana aquello se aceptó como muy válido. También descubrimos que de algún modo estábamos ligados al Padre Varela, a las *Cartas a Elpidio*, y que al volver a hablar de religión, de política en plural, de creencias, de espiritualidad, algo estaba recolocándose en el ámbito cultural cubano.

Habíamos traspasado la zona de confort de la cultura cubana. No nos habíamos quedado en la crítica facilona, en “gozar” con la falta de transporte, con el dólar a 135 pesos, con los andrajos reconvertidos para no andar en cueros... Estábamos pensando, escribiendo y actuando como cubanos, cristianos culturales.

Y es que cristiano cultural no es un mal concepto, no sólo se refiere- como lo usaran Oriana Fallaci, Umberto Eco, y Agustín de Rojas- a aquellos que incluso siendo ateos defienden la identidad religiosa (cultural) de sus lugares de origen. No, para nosotros se hizo importante que el cristianismo se hiciera cultura, como lo había hecho durante siglos. Si la cubanidad tuvo un elemento fundacional teórico

fue porque el Padre Varela, Saco, Varona, Luz Caballero y muchos otros tomaron el cristianismo y lo hicieron cultura nacional.

En Cuba- durante las décadas del '70 y el '80- había aparecido, por dos razones, conveniencia y hastío, la posición cultural generalizada de que *en este lugar no hablamos ni de política, ni de religión*, entonces sólo nos quedaba la pelota y el sexo. Desgraciadamente, mientras el *Club de los Estultos*- durante el montaje de *Woyzeck* íbamos descubriendo que había que redescubrir la cultura cristiana que nos había dado forma, el Grupo Teatro Escambray se hallaba en *estado de sitio*. Había ocurrido una cosa de lo más trágica. La obra teatral que el grupo había presentado en el festival de Camagüey, *Los Equívocos Morales* de Reinaldo Montero, había terminado con el Teatro Principal agramontino rodeado por la Seguridad del Estado y aquello ocasionó una guerra epistolar; un virtual estado de suspensión, un *les pagamos para que se queden dentro de la sede*. Luego un lío de marihuana colosal le dio la puntilla a todos nuestros esfuerzos. Pero, se me quedó grabado todo lo que habíamos aprendido: Hay mucho de cristianismo en los jirones que quedan de nuestra cultura y nuestra patria sólo se salva haciendo del cristianismo una cultura nueva.

El gran problema de nuestra cultura ha sido la marginalización de las fuerzas realmente espirituales. Las condenas al ostracismo, el miedo a ello, el verbo mentido, la verdad maquillada, las virtudes cardinales sopa-

peadas por los excesos de cautela y *de maldad*. O sea, la pérdida de mucho del cristianismo que nos alentaba y de los vínculos que permitían pasar información de un lado a otro nos ha ido desculturizando. Por ello, los cubanos vivimos en islas ideológicas dentro de la isla geográfica.

Cuando fundamos el *Instituto Patmos del Libro y el saber cristianos*, nuestro objetivo era tender puentes entre estas islas, entre los grupos que en ellas se refugiaban, buscábamos que la gente viera la realidad total de nuestra nación y no el espejismo que crea la zona de confort donde nos metemos para sobrevivir: el militante del PCC llega a creer que la realidad es la que le cuentan en las reuniones del núcleo, el activista de la organización opositora llega a creer que en su espacio ya no manda el PCC,... y así cada uno de nosotros, refugiados en el lugar donde puede expresarse, considera forasteros a todos los que viven en las otras islas ideológicas.

Hoy, desgraciadamente, *Patmos* es otra isla, ya no es un puente (aunque pudiera serlo) y el Consejo de Iglesias de Cuba, aparentemente, no se ha planteado el problema de intervenir en la solución de erradicar entre nosotros- los cubanos- la mentalidad de conflicto, no se han planteado ir más allá de los carteles, de influir en las artes, en cultivar la conectividad de las tribus cubanas con la excusa de que a la Iglesia no le toca intervenir en esto o en aquello. Pero ¿es esto teológicamente cierto? ¿Hay lugares donde no debemos meternos como Iglesia?

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo; y

todo cuerpo- si no está dañado- obedece a su cabeza y sólo los cuerpos más dañados obedecen a la cabeza de otros; si no lo vemos así tenemos que volver a replantearnos nuestras ecle-siologías, tenemos que decidir si continuar siendo diferentes clubes cristianos o la iglesia verdadera. En esta elección sabemos que nos jugamos la transmisión del mensaje, de salvación o si somos moscas o abejas.

No basta con decirle a los demás- a los de fuera de la Iglesia- cuán equivocados están; no estamos aquí para desprestigiar sino para ser luz del mundo, tan amorosamente que la gente quiera conocer de dónde viene: *No se enciende una lámpara y se la pone bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a cuantos hay en la casa* (Mt. 5:15-16). ¿Y, en Cuba, cuáles son nuestras buenas obras, las que comunican la luz que Cristo nos da? Pero, ¿por qué no buscamos la conversión de quienes deciden que Pepe no puede trabajar aquí o allá porque no es confiable ideológicamente?... ¿Por qué no acompañamos a Pepe en su dolor? ¿Por qué no pedimos medida al opositor que quiere sembrar odio? Una luz que sea amorosa y que ilumine a todas las islas de la Isla no es fácil de transmitir si se desconoce la belleza, el teque vacío ya no motiva a muchos. Por ello hay que volver a mirar a la cultura, al arte, a aquel espíritu que nos hizo construir catedrales, fundar universidades, imprentas, hospitales ... En fin, volver a lo difícil de la práctica cristianas.

Sí, es cierto, sobre todo porque estamos entrenados a vivir en islas, creemos